

## 20. EL GALLINERO Y LA FRANJA DE ENMEDIO

*“Al principio el avance de Obregón fue como un paseo. A diferencia de la línea central, la costa occidental estaba casi libre de federales. Solo al llegar a Jalisco, en la Hacienda de Orendain y luego en Guadalajara las desmoralizadas fuerzas federales ofrecieron resistencia importante. En el ejército Constitucionalista destacaban por su bravura los guerreros yaquis a quienes el caudillo se atrajo con la promesa de devolverles sus tierras en litigio. Los federales fueron destrozados. Tras ocupar Guadalajara, los sonorenses avanzaron hasta Irapuato sin encontrar resistencia”*

NAIPES DE POLVO página 467

Obregón llamaba a Guadalajara “el gallinero de la revolución”.

El tal gallinero era la puerta de entrada al territorio de la antigua Mesoamérica, la tierra poblada por el mexicano que habla Octavio Paz –el chilango- que ha de haberse espantado que los bárbaros del norte entraban montando sus caballos a las salas de mansiones porfiristas ricamente amuebladas de la colonia Juárez de la ciudad de México en forma parecida a las hordas de Atila en las residencias romanas del Monte Palatino o la de los mongoles en la Ciudad Prohibida de Pekín.

En los tres casos podemos intuir el ánimo racial y la profundidad instintiva ambivalente de temor y desprecio del hombre primitivo ante la ciudad. Los guerreros preferían vivir en las afueras del centro de esas ciudades, o bien hacían sus propios campamentos, como lo fue con Atila, frente Roma y los mongoles que armaban sus Gers en los jardines del interior de la Ciudad Prohibida donde vivían con sus mujeres, costumbre seguida, incluso por Kubilai Kahn, el nieto de Gengis Kahn, quien reorganizó una nación hundida en el caos bajo su mando, actuando como chino para sus súbditos, pero guardando su naturaleza de guerrero de las estepas tras los muros de palacio.

A El Turco (Calles) nunca le gustó la ciudad de México. Prefería pasarse frecuentes temporadas en los baños de Tehuacán, Puebla o en su rancho en Sinaloa.

Pie de página número 431

■

*“Por sistema y superando los niveles a los que llegó Porfirio Díaz, Carranza ofrecía a sus generales abundantes facilidades para enriquecerse, en la creencia de que le permanecerían fieles con tal de no poner en peligro sus fortunas mal habidas. Muchos de ellos poseían cantinas, prostíbulos y casas de juego, o por lo menos obtenían elevadas sumas gestionando por encargo de un tercero las licencias de funcionamiento para esos negocios. También gestionaban a cambio de comisiones la devolución de propiedades incautadas, u obtenían concesiones mineras o de tala de bosques para luego venderlas a particulares que las ponían en explotación. Otro filón era el cobro de cuotas especiales por permitir a los hacendados y los comerciantes el alquiler de furgones ferroviarios”*

NAIPES DE POLVO página 496

Desde que Doña Marina sirvió de intérprete a Cortés con Moctezuma, ese ha sido el origen de la totalidad de los grandes capitales en lo que después se llamó México, país donde es inconcebible la creación de una gran fortuna sin la sinergia con el Presidente en turno. Eso lo conoce bien la casta dominante de la ciudad de México que como todo ente urbano es un parásito que crea su patrimonio en lo que se le da de crianza, el coyotaje de palacio.

Los “gutierritos también la practican: de ellos son los moches de barandilla y los mendrugos que reparten los líderes sindicales.

Los de en medio somos una suerte de hijastros de La Malinche, la chingada, situación más acusada en quienes vivimos en Casa de la Chingada, esa franja surrealista ubicada entre el imperio gringo y el país con X en medio.

Pie de página número 467